

¡Arriba España!

por Felipe Sassone.

Nadie más autorizado por su prestigio literario en el mundo hispano y por sus vinculaciones con la Madre Patria que Felipe Sassone orgullo de las letras peruanas para disertarnos sobre el triunfo de Franco que es no solamente el triunfo de la Hispanidad sino el triunfo de la civilización occidental amenazada de muerte por la obra de Rusia en España.

... Y arriba también nuestra América, ésta de los ojos oscuros y de la clara latinidad, que sólo desde España, por Roma, ¡y por Cristo! pudo venirnos. Y digo por Cristo, porque así es la verdad, que siendo Cristo judío, no quiso encerrarse en la absoluta intransigencia de los semitas. Porque la crisis del pensamiento hebraico se originó al mostrarse incapaz de seguir el proceso evolutivo de la conciencia religiosa y al oponer a una religión universal, que surgía de la hondura de su propia alma profética, otra religión mezquina atada indisolublemente a una nación y a un pueblo. De tal suerte los judíos habiendo preparado el cristianismo acabaron por renegarlo en las fórmulas rígidas y sospechosas del talmudismo. El dulce Rabí de Galilea se salió de esta clausura espiritual israelita y se dió al mundo, a la Humanidad entera, y en Roma tuvo su Iglesia, y por eso he dicho que por Cristo y por Roma nos regaló España el espíritu latino que en nuestro corazón y en nuestro entendimiento canta y sueña.

Cuando España recobra sus valores eternos,— y eterno quiere decir divino— también debemos recobrarlos nosotros, los de la

América que fué suya, que los olvidamos cuando ella los perdía entre la injusta leyenda negra y el rencor envidioso de toda Europa.

Llega la hora de la verdad, y sería vileza mentir. Ahora es cuando debemos reconocer, porque el reconocerlo pudiera ser salvación, que nuestra condición de hispanoamericanos, lejos de entrañar la explicación de nuestro decantado amor a España, fuera acaso bastante para explicar lo contrario. Es triste declararlo; pero tal vez pudiera ser eficaz, pues no hay amor como el amor de la crítica, que es reproche amoroso y propósito de enmienda. La verdad no está en el hecho de los apellidos hispanos de América, ni en el *flatus vocis* de los discursos del día llamado de la fiesta de la raza. En mucha América nuestra se ha odiado a España, se ama hoy a la no España, por un mal sentido europeizante. Desde Bartolomé de las Casas empezó a crecer la leyenda negra. Y España no luchó contra ella, no devolvió tampoco rencor por rencor; pero se volvió de espaldas al desamor de sus hijas.

Quisiera poder explicarlo y no sé. . . Aquí, en nuestra América, se ha sufrido,— ¡y todavía, aunque no con tanta fuerza como hace unos años!— la inquietud de París, que suele atraer como los espejuelos a las alondras. Insertados en la civilización occidental, nos importaba antes que nada ser europeos, y pensábamos en la *Ville Lumiere*, que llamábamos, no sin razón, el cerebro del mundo. Nos dijimos latino-americanos, en vez de ibero-americanos, o de hispano-americanos, que es todavía mejor, porque el iberismo no responde a una realidad actual, sino a la historia casi remota, y el hispanismo, que no excluye a Portugal, y así lo reconocen pensadores e historiógrafos portugueses, es la única verdad permanente. Pero ¿a dónde íbamos a buscar nuestra latinidad? ¿A Roma? No. En el Montmartre y el Monteparnasse de París, olvidando que en nuestro carácter de civilizados proveníamos de España, porque de ella recibimos idioma y religión, y quien dió la religión y el idioma dió el alma. Pero ha habido, hay aún, quien se llama indo-latino, y así Méjico, que es el pueblo xenófobo por excelencia, siente el orgullo de sus aztecas y se lo enseña a América. Así hay también mucho peruano indigenista que habla de la civilización incaica como de algo vivo y superior a la Grecia de Pericles. Esto no se opone al amor de París, porque contra Francia no hay rencor de conquistados. El indio— ¡señor, Dios mío!— puede sentirse latino de Francia, hasta un poquito griego a lo Pierre Louis, grieguito del bulevar; pero no latino a lo español. Por eso puede ser latino y

ateo, sin pensar que la religión católica es la única latinidad verdadera que nos queda. Al indio le gustará pronunciar muy bien el francés, aunque no sepa su español. Y yo sé que no exagero. Sé también que la tendencia a lo francés, como norma y modelo, no puede asegurarse que sea una realidad pura en todos los países hispano americanos. En Chile, hasta hace veinticinco años, se advertía una influencia germana, si no en lo universitario precisamente, en lo guerrero y en lo comercial, y en el progreso material de la Argentina tuvieron no poca parte, desde el Garibaldi gaucho, la sangre y el esfuerzo italianos. Pero allí, como en todas partes, la diplomacia era francesa, y había una *élite*, hay que decirlo así, muy del gusto francés. En Haití tienen la tez oscura y claro el lenguaje de Moliere. En mi Perú tuvimos un virreynato dieciochesco muy a lo español; pero por ser muy a lo español de entonces, fué también muy a lo francés. Políticamente nos convertimos en estados bajo el signo de la república, y el tipo fué la República Francesa, y hoy todavía en muchas naciones de América se sienten mas cerca de la revolución de los enciclopedistas que en la misma Francia, donde pensadores bienavisados empiezan a olvidarse de ella. Mucho hemos dicho que la democracia moderna es una creación americana, y así es la verdad; pero americana rubia y negra, americana del norte, no española. Aquí viene obligado un paréntesis que se refiere a la influencia actual, que es la influencia estadounidense. Tengo que decirlo así, porque los Estados Unidos del Norte son un país que no tiene nombre. La amorosa doctrina de Monroe, que ha dado tan buenos frutos, la Louisiana, Florida, la paz de Guadalupe Hidalgo, Texas, Nuevo México, California, Nevada, Utah, Arizona, el Colorado, Wyoming, Panamá independiente, y el Canal, y lo de Cuba, y Haití, y Santo Domingo, y Puerto Rico, y las Antillas Danesas, y Honduras y Nicaragua, y Filipinas, nos trajo una nueva habilidad doble, para sacar muelas como los boxeadores o como los dentistas de Filadelfia, y la música negra de la síncope epiléptica, y las serpientes de los saxofones, metidas en la noble selva de la orquesta, y las danzas de Josefina Baker, que lleva por todo indumento la cabeza de plátanos en que trocó el cinturón de castidad, y un inglés falsificado, con un bárbaro *okay* para remate de toda discusión. Americano, norteamericano, es el sentido de nuestra democracia moderna; pero a la América del Norte la llevó Lafayette, y los pantalones listados de los *sanculottes* de la revolución francesa se parecen no poco a los calzones del tío Sam. Por eso digo

que algo tenía de francesa, y era hugonote, y en realidad venía de Inglaterra. Era cuáquera. Tanto da. Después de todo, nada más explicable que nuestra desespañolización, porque ya desde mediados del siglo XVIII se desespañolizaba la propia España afrancesada. Era natural: la diplomacia era francesa; la cocina elegante venía de Francia; las modas para nuestras damas llegaban de París, y de París, editadas en Francia, expansiva y cuidadosa, las obras de la cultura del mundo. Muchos estudiantes hispanoamericanos de nuestras universidades estudiaban en francés las obras científicas de Ramón y Cajal y la filosofía de los alemanes, y de París procedían las novelas galantes y las comedias, con sus inevitables *menage a trois*, con su triángulo y su adulterio, más cínico y desenfadado, que pícaro o calderoniano.

Pero nadie piense, por Dios, advertir en todo esto un odio sectario contra Francia, que no toda es la del Frente Popular. Compruebo tan sólo un hecho triste, que otra sería, si en vez de las novelas de *Monsieur Onhet* y de las *pochades* de *Monseieur Verneuil*, hubiéramos tenido en América el teatro de Racine, de Corneille y de Moliere, ya que no quisimos tener, sino muy de cuando en cuando, el de Lope, Tirso y Calderón. Nada va contra el claro genio de Francia, a la que tanto debe nuestra cultura. Pero, tal vez le debe demasiado. Al través de París y de sus traducciones, soñábamos con Alemania, filosófica y guerrera, y con Inglaterra deportiva, *smart* y liberal, y con la Italia del arte. ¿Y España?

España era para nosotros el último rincón del mundo. La amábamos, si; pero. . . ¡con qué triste amor! Como aman ciertas señoritas ultramodernas a sus mamás, que no se atreven a salir con ellas ni para ir de visita. ¡"Mamá está tan anticuada y tan cursi, la pobre!" Nuestro desdén compasivo dependía de que teníamos de España una versión francesa, de literatura "*pour l'Espagne et le Maroc*, como la elaboran allende el Pirineo; esa España toda bailada, al son de las inevitables *catagnettes*, como si todas las españolas se acostasen con los palillos debajo de la almohada. Esa España de mala pandereta, de hombres con trabuco, mujeres con navaja en la liga y marquesas gitanas enamoradas de toreros y contrabandistas; la España que en 1900, en plena exposición parisina, representaban las danzas andaluzas (?) de una gallega: Carolina Otero, la *bélle Oteró*. Y toda España era Andalucía, y una Andalucía tan apócrifa como aquella marquesa andaluz, *au sein bruni*, que Alfredo de Musset fué a buscar nada menos que a Barcelona. Y España no era eso, no fué nunca eso, no será nunca eso.

Ha hecho falta esta santa revolución redentora, para que saliera otra vez a relucir, en las plumas de los escritores que se volvieron de espaldas a la embustera **novedad** rusófila, y de cara al pasado noble y a la historia gloriosa de España, el recuerdo de todas sus conquistas espirituales, desde el principio de sumisión del Estado y de los Monarcas a la ley, el Fuero Juzgo, tres siglos antes de que lo copiasen los Concilios de París y de Worms, hasta la invención del Estado Moderno, realizada por Isabel y Fernando, los del yugo y las flechas, con la creación del Ejército Nacional, único en mar y tierra y la sistematización de todos los servicios, incluso el de seguridad ciudadana, concebidos por primera vez como cargas y deberes exclusivos del Estado. Y antes, y después, y en medio, ¡cuánto, y de qué calidad! El hallazgo de los deberes estatales de asistencia social, propagado por Juan Luis Vives y aceptado inmediatamente en toda Europa; el Concilio de Trento, que descubre la identidad fundamental entre herejía y separatismo; la reforma religiosa, que no es la protestante, y no destruye las bases de la fé, consumada por Santa Teresa, y San Ignacio, y el Cardenal Cisneros; el descubrimiento del Derecho Internacional, sobre la base de un orden de Justicia superior a la soberanía externa de los Estados, que cumple Francisco de Vitoria; el arbitraje de conciliación entre la libertad del individuo y la libertad del Estado, que realizó Francisco Suárez, mal traducido y mutilado por Locke y por Montesquieu, y echado a perder, otra vez en español, por los constitucionalistas de Cádiz, y por encima de todo eso, para nosotros y para el mundo, la colonización de América, hazaña tan grande como la conquista, y la concepción fraterna de la Humanidad bajo la paternidad sobrenatural de Cristo, que, como observaba Ramiro de Maeztu, hace posible la Historia Universal.

Esos son los valores eternos que España recobra, por el sueño iluminado de aquel mártir que se llamó José Antonio Primo de Rivera, y por la voluntad heroica y la espada invicta de Francisco Franco. Esos son nuestros valores eternos, porque son los de nuestra progenie, y nosotros somos, como dice el poeta, "íncultas razas ubérrimas, sangre de hispania fecunda".

Esto hemos de ver en España, algo más que pintoresca, para no apreciarla con el desdén del turista, en el rebajado sentido de la palabreja horrible; de ese turista ávido de **civilización divertida**, para quien todo el mundo es un **cabaret**, y así confunde cultura y civilización y las dos cosas con el progreso material, sin pensar que la cultura es algo más que tubos, cañerías, teléfonos, ra-

dios y electricidad, porque el progreso material se importa, y el ideológico y moral está en la entraña y no se compra ni con todos los dólares del mundo. Sólo así, cuando orientemos la mirada hacia un más allá ultraterreno, sobre bases espirituales y eternas, por encima de lo material y efímero, sabremos darle la razón a España contra Europa y advertiremos —fácil de entender si se siente, no tan fácil de explicar— cómo la España europizante, fué la no España, y la no Europa, la que ha tendido a recobrar su estilo, acabará siendo europea sin pretenderlo, porque es el baluarte de la civilización. Así la que se olvidó de si misma, o se perderá dispersa y podrá perder a Europa con ella, y la que vuelve sobre si misma, por pensar a lo español, que es pensar a lo cristiano y a lo católico, con Dios y con Cristo, podrá salvarnos a todos.

Y en este sentido decimos: ¡Arriba España!